

café, la Marquesa hizo retirar á los criados, y volviéndose á su íntimo amigo, clavó en él sus hermosos ojos, diciendo :

— He aceptado la provocacion y espero el ataque.

Matusalem se irgió, no como el soberbio romano al sentir la punta de la lanza enemiga en la plancha de su escudo, sino como la fria víbora que agita la cabeza en el aire buscando dónde clavar sus dientes envenenados.

Se irgió, pues, dió á su semblante la atrevida expresion del triunfo, y con sonrisa victoriosa se dispuso á empezar el rudo combate que presenciaremos en el capítulo siguiente.

---

### CAPÍTULO XIII.

Ojo por ojo y diente por diente.

— Señora, dijo Matusalem : el corazon de la mujer no se posee nunca, y desgraciado el hombre que funde su dicha en pretension semejante ; pero son muchas las mujeres que allá en el fondo de su corazon llevan escondido un secreto que compromete su decoro ó su vanidad, que puede exponerlas al desprecio de las gentes que el mundo llama honradas, ó lo que es peor, al ridículo, siempre ansioso de víctimas que devorar. Pues bien, poseer ese secreto, tenerlo en la mano, como yo tengo esta preciosa taza de china noblemente marcada con una ilustre corona de marquesa, es poseer más que su corazon inconstante, porque es poseer su vida, es tenerla en la mano como á la pobre mosca que



se coge al vuelo. Tal es, señora, mi primer golpe.

Echó Luisa hácia atrás su arrogante cabeza, dilatáronse las movibles ventanas de su nariz fina y correcta, buscando aire con que avivar el incendio de su indignacion, y con acento de reposada cólera contestó:

—Si hay un hombre—y creo que lo hay—capaz de abusar cobardemente del secreto que una mujer le ha confiado, ó que él pérfidamente ha sorprendido y alevosamente posee, ¡ay amigo mio! ese hombre es un infame..... Ahí tiene V. mi primer quite.

Matusalem, tosiendo para hacer su voz más clara, replicó de este modo:

—La violencia mal contenida con que ha intentado V. parar el golpe, prueba que iba bien dirigido y que ha llegado al fondo del alma, y dejando á un lado lo desabrido de la palabra *infame* que acaba de salir de tan risueños labios, yo pregunto: ¿qué hace la mujer ante el hombre que posee su secreto, que es dueño de su vida, que es árbitro de su vanidad ó de su honra, si este hombre exige algo en cambio de su silencio?

—¿Qué hace?..... preguntó la Marquesa echando fuego por los ojos. Es cosa bien sencilla, que no ha debido escaparse á su perspicacia. A semejante hombre se le aplasta sin misericordia, como se aplasta á la víbora que se atreve á levantar su repugnante cabeza delante de nuestros piés.

—Muy bien dicho, exclamó Matusalem. Ya sabía yo que iba á tener delante un enemigo fogoso, un enemigo impaciente, que en vez de reservar sus bríos para la defensa, se descubriría lanzándose sin reflexion á la ofensiva. Muy bien; no puedo ménos de aplaudir ese rasgo de valor digno de un pié ménos pequeño y ménos delicado; pero siento en el alma que V., tan hábil en la música, tan diestra en la pintura, que canta como un ángel y pinta como Velazquez, no sea tan fuerte en punto á historia natural; porque ha de saber V., bella Marquesa, que es muy peligroso aplastar á una víbora, pues es un reptil de rápidos movimientos, que tiene la malísima costumbre de morder sin misericordia precisamente cuando lo pisan.

La Marquesa debió comprender la fuerza



de las dos observaciones hechas por su adversario, y debió advertir al mismo tiempo que se las había con un enemigo más temible de lo que pensaba. Así es que apaciguó la airada expresión de su semblante, templó el fuego de sus ojos, y dando á la voz algo de su habitual dulzura, dijo tranquilamente:

—Cierto; es peligroso pisar una víbora, porque ese reptil venenoso muerde con la rapidez del rayo; mas cuando se nos pone delante se la aplasta, porque no hay más remedio que aplastarla. No es un acto heróico, pero es necesario, más aún, es justo.

Sonrióse Matusalem con fina galantería é inclinó la cabeza, replicando:

—No dirá V., señora, que me falta generosidad, pues veo que ha acogido V. mi advertencia, y se coloca en terreno más firme. Yo soy un adversario leal que estudio mucho á mi enemigo; que me precavo contra todas las eventualidades, que no entro en lucha sin estar seguro del poder de mis armas, pero cuando se trata de acometer, acometo de frente. Créame V., Marquesa, yo soy un amigo muy razonable y no

quisiera que llegára V. á comprender nunca que soy un enemigo muy temible. Le he presentado á V. la paz y la guerra. Usted ha elegido la guerra y hemos empezado la lucha, en la que si hay ventaja, es mia. Estamos, pues, en guardia; V. colérica y yo sereno; V. ciega, yo viendo con perfecta claridad. En situación tan favorable para mí, recuerdo las finas atenciones de que le soy deudor, y llevo mi generosidad hasta el punto de proponer la paz.

—Vamos, exclamó Luisa, eso es batirse en retirada, y no tendría inconveniente en aceptar la paz que V. me propone, si no sospechára que ha de ser una paz ignominiosa, mucho más dura que la guerra con enemigo tan temible, y en todo caso sería una paz armada hasta los dientes, porque á los amigos como V. hay que tenerlos siempre en la punta de la espada.

—Marquesa, eso no es propio del talento que todo el mundo le concede á V. Cualquiera en su caso hubiera oído las condiciones de la paz propuesta.

—¡Condiciones!..... exclamó Luisa.



— Condiciones, repitió Matusalem.

— ¡Qué locura!..... Amigo mio, sólo acepto la paz de un modo.

— ¿Cuál?

— Siempre que V. se rinda á discrecion.

— Me rindo, dijo Matusalem, me entrego, me someto, seré ciego, seré mudo y seré sordo, depondré las armas, pero necesito una garantía.

— ¿Qué garantía?..... preguntó Luisa.

— Ésta, contestó su adversario: la blanca mano de la ilustre Marquesa; su mano, solamente su mano.

— Nunca, gritó la hermosa viuda en el colmo de su indignacion..... Jamas, jamas. ¡Unirme yo á un hombre semejante!..... Siempre me ha parecido V. despreciable, mas ahora me es V. odioso..... Y llorando de rabia, añadió: Dios mio, Dios mio, ¿qué he hecho para merecer tan inicuo ultraje?

Ni en el ademan, ni en el gesto, ni en la voz, ni en la mirada, ni en la sonrisa, dió Matusalem señal alguna de haberse conmovido. Oyó las airadas palabras de la Marquesa con frialdad terrible, sin enojo y sin sorpresa.

— En ese caso, preguntó, ¿prefiere usted una guerra púnica á una paz octaviana?

— Sí, contestó la Marquesa, enjugando sus párpados; prefiero la guerra..... guerra á sangre y fuego, guerra de exterminio; ojo por ojo y diente por diente.

— Comprendido, dijo Matusalem tranquilamente; mas ante todo conviene aclarar un punto, porque en esta clase de negocios es preciso que haya completa inteligencia. No nos embrollemos y es posible que nos entendamos. No sería extraño que V. creyera, fundándose en la razon suprema de sus poderosos atractivos, que yo, pobre hombre deslumbrado por el brillo de tanta hermosura, habia caido en el lazo de adorar su belleza. Nada de eso, señora; yo admiro sus talentos y celebro sus gracias como ninguno, y no obstante, le aseguro que ni sus gracias ni sus talentos me han quitado el sueño un solo instante ni el apetito un solo dia. No pretendo su amor, porque el amor no es nada; pretendo pura y simplemente su mano..... porque su mano es algo.

Quiso hablar ella, mas debió creer que



aquello no merecia respuesta, y con desden profundo ahogó la palabra en los labios.

Él, con la cabeza inclinada y los ojos fijos en la Marquesa, esperó sin duda la explosion de un nuevo insulto, pero esta vez se llevó chasco, pues sólo obtuvo un glacial silencio. Entónces anudó su interrumpido discurso, diciendo:

—Veo que no tiene V. nada que replicar á mis aclaraciones, y prosigo: pensando con juicio, he creído que ya es tiempo de poner término á mi tenaz soltería, y resuelto á casarme, encuentro en V. un buen partido que reúne todas las circunstancias que yo apetezco. No es V. niña y es V. discreta; es usted viuda y no es V. pobre.

—¡Oh..... infamia, infamia! exclamó la Marquesa. ¿Y por dónde, añadió furiosa, ha podido V. imaginar que yo accediera á sus bochornosas pretensiones?..... ¿Qué género de audacia es la que pone esas palabras en su lengua? ¿Qué especie de consideracion me detiene imponiéndome la ignominia de escucharlas?

Diciendo esto se habia puesto en pié, y

saltando como una leona herida, habia cogido el cordón de la campanilla que colgaba junto á una de las chimeneas.

Matusalem, inmóvil, le dijo desde su asiento:

—Calma, señora, calma..... Eso no es defenderse; eso es huir cobardemente, eso es perderse.

La Marquesa se detuvo y él continuó:

—Va V. á llamar á sus criados para que me arrojen á la calle como á un perro..... Va usted á poner el escándalo de mi parte, porque en todo escándalo la mujer es la que pierde..... En mí nadie creará una violencia, en la que estoy léjos, muy léjos de incurrir, mientras á V. se lo atribuirán todo, hasta un arrebato de celos; á mí nadie me aborrece, mientras á V. todas la envidian.

Soltó la Marquesa el cordón de la campanilla, y trémula se apoyó sobre el mármol de la chimenea. Matusalem prosiguió diciendo:

—¿Y todo por qué?..... porque pienso en casarme juiciosamente, porque busco para mí una viuda rica, del mismo modo que la



señora Marquesa busca para su hermano una criolla millonaria.

No encontrando Luisa una réplica abrumadora con que aplastar á su implacable enemigo, apeló al cruel expediente de morderse los labios; y conociendo que la espada de su ira se embotaba en el cinismo empedernido de su adversario, volvió majestuosamente á su asiento, armándose con el puñal del desden, arma favorita de las mujeres, que parece forjada para ellas, y que lo mismo emplean contra el hombre que aman que contra el hombre que aborrecen.

Al sentarse pronunció estas palabras:

—En verdad que me he indignado sin fundamento. ¿Por qué ha de enojarme lo que más bien debe moverme á risa?

—Así me gusta, exclamó Matusalem; ése es el terreno firme que no ha debido V. abandonar ni un momento. De esta manera volveré formalmente al ataque, porque no me gusta herir con ventaja.

—Veamos, dijo la Marquesa, cómo empieza V. el nuevo asalto.

—Pues prepárese V., noble señora, por-

que voy á asestarle el segundo golpe.

—Ya estoy en guardia, contestó ella; y cruzando los brazos, reclinó indolentemente la cabeza sobre el respaldo de la butaca, presentándole, digámoslo así, el pecho.

Matusalem sacó del bolsillo de su exquisito frac un papel que desdobló lentamente, y colocándolo sobre la mesa, leyó en él con rigorosa ortografía los renglones que siguen:

«Le he inferido á V. el agravio de arrojar á sus piés una moneda de oro, y me alegro de haberle ofendido, porque las almas generosas pagan las ofensas con beneficios. No es esta sola la satisfaccion que le ofrezco. Nos hemos encontrado estando á mucha distancia; V. huye del mundo y yo lo detesto. ¡Nos creiamos distantes y estábamos tan juntos!.....

»El que me haga soportable este lujo que me esclaviza, esta sociedad que me adula, estas amigas que me envidian, estos amigos á quienes no estimo, estas miradas que espian, estas sonrisas que muerden, estas conversaciones que hielan, estos placeres que



fatigan, ése habrá resuelto el problema de mi vida, llenando el vacío que hay en mi corazón. Necesito unos ojos que lean en el fondo de mi pensamiento, y unos oídos que oigan la voz de mi alma.

»¿Por qué le escribo yo á V. de esta manera?..... ¿Por qué me inspira tan viva confianza?..... Lo ignoro, porque los sentimientos no se explican. Sé que si el mundo conociera esta carta me despedazaría; pero sé también que pongo en manos de un hombre de honor mi honra de mujer y mi vanidad de marquesa..... ¿Está V. satisfecho?»

Antes que Matusalem leyera el nombre de «Luisa» con que estaba firmada la carta que acabo de copiar, la Marquesa, con un movimiento rápido como el relámpago, la arrebató de encima de la mesa, la estrujó entre sus manos temblorosas, y arrojándola á la chimenea, donde desapareció bajo la onda fugitiva de una ligera llama, dijo con acento trémulo, de satisfacción, de vergüenza y de ira:

—¿Era ése el segundo golpe?..... pues bien, está V. desarmado.

Llevóse Matusalem el pañuelo á la boca, visiblemente para contener el repentino impulso de una carcajada, y conservando la fría serenidad con que apareció al principio del presente capítulo, replicó dulcemente:

—¿Tan ciega está V., señora, que ya no conoce ni su propia letra? Esperaba ese arranque y he abandonado ese inocente papel al ímpetu de sus manos.

—¿Qué quiere V. decir? preguntó Luisa aterrada.

—Quiero decir..... que no había de ser tan inocente que expusiera la carta auténtica á las contingencias de semejante atropello. Quiero decir, que el papel que ha condenado V. al fuego de la chimenea era una copia sacada por mí, pues la carta original, la carta auténtica la tengo asegurada de incendios.

—Y bien, exclamó ella.

—Usted misma lo ha dicho: «Sé que si el mundo conociera esta carta me despedazaría.» Nada tengo yo que añadir á esa confesión terminante.



— ¡Y qué!..... volvió á exclamar la Marquesa.

Aquí Matusalem se inclinó respetuosamente, como quien saluda al adversario vencido, y en voz baja y melosa dijo :

— No me negará V., señora, las ventajas de mi posición; tengo al mundo de mi parte, que la despedazará á V. sin misericordia, si llega á conocer la imprudente carta que un amor indiscreto, que un amor loco ha hecho escribir á la más discreta y á la más bella de nuestras damas. Pero yo no soy vengativo, no guardo en mi pecho ni un átomo de rencor, depongo las armas y vengo de nuevo á proponer la paz.

— Nunca, nunca, nunca..... gritó la Marquesa haciendo sonar su voz como un rugido. Jamas pasaré por esa afrenta. Que me despedace el mundo, que me devore, que me aniquile. Le entrego mi vanidad, mi nombre, mi honra. Seré una víctima que se reirá delante de sus verdugos; pero esposa de usted..... ¡yo mujer de semejante hombre!..... Nunca, nunca, nunca.

Y levantándose con vehemente arrogancia, brillando en sus ojos todo el resplandor de una cólera inmensa, temblando de ira sus labios y atropellándose las palabras en su boca, decía :

— El mundo..... ¿qué me importa el mundo, adulator cobarde de todas las iniquidades que triunfan, cortesano de todas las miserias que brillan, alentador perpétuo de toda maledicencia, eco impaciente de toda calumnia?..... ¿Qué me importa el mundo, donde la virtud ha de vivir ignorada para no verse escarnecida, donde la traición encuentra aplauso y la lealtad vilipendio, donde la pobreza humilla y el vil metal ennoblece? El mundo..... ¿qué me importa el mundo? ¿Acaso no le he consagrado en el fondo de mi corazón todo el desden de mi alma? ¿No le he arrojado al rostro el guante de mi desprecio, haciéndole á V. objeto de mis distinciones?..... ¿No he desafiado su murmuradora envidia con tan inaudita preferencia?..... ¿No he provocado sus iras levantándolo á V. sobre los demás como al tipo de esta generación degradada?..... No le he



dicho: ¿veis este sér despreciable, astuto, sin corazon y sin alma, sin valor y sin inteligencia, animado por el instinto salvaje de su egoismo?..... pues este hombre no vale ménos que vosotros..... ¿Qué me importa el mundo?.....

El fuego sombrío de la cólera daba un terrible realce á los encantos de la Marquesa; su acento, su actitud, los relámpagos de sus ojos y el tumulto de sus ardientes palabras decían bien claramente que habia estallado al fin en toda su furia la tempestad que rugia en su pecho.

Estaba hermosa, verdaderamente hermosa; su mismo arrebató la hacia arrebatadora; otro hombre se hubiera sentido subyugado ante la explosion de aquel espíritu indomable, ante la fiera arrogancia de aquella mujer débil y sola, ante tanta osadía y tanta belleza; pero Matusalem era inaccesible, por lo visto, á todo sentimiento, y el rayo crujió sobre su cabeza sin herirle.

Con los brazos cruzados, medio tendido en la butaca, clavados sus ojos impasibles en el pálido semblante de la Marquesa, pa-

recia el espectador indiferente de una escena de teatro.

Sabía que cuanto más furiosas son las tempestades, más pronto pasan, y esperaba tal vez que detras de la tormenta vendria la calma, que aquel furor se convertiria en lágrimas, que al valor sucederia el miedo, y permaneció mudo, miéntras Luisa respiraba con toda la agitacion de la ira.

—No, prosiguió diciendo; el mundo no me acobarda, no le temo, lo desafío. Y volviéndose á su adversario con majestuoso desden, le dijo: Puede V. publicar esa carta..... yo lo autorizo á V. á ello y juro solemnemente no negarla..... al que dude de su autenticidad yo misma le diré que es mia..... que yo la he escrito para el hombre á quien va dirigida. Me inspira V. compasion y quiero ahorrarle la última infamia; yo le pido, yo le suplico que publique mi secreto..... El mundo no ha visto aún mi corazon..... pues bien, que lo vea. ¿Necesita V. otro ejemplar de mi puño y letra? estoy pronta á escribirlo; el mundo querrá perderme, y yo le digo á V. que va á encontrarme.